

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO VI. }

MÉXICO, MARZO 15 DE 1876.

{ NUM. 104.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION OCTAVA.

[Concluye.]

Reino animal.—Los perros del monte de San Bernardo.
—Las vacas en la montaña.—Pájaros.—Peces.—Reptiles, etc.

Valeria.—¡Viva el leon! que vale mas que los Romanos! Los perversos! Temblaba yo por el pobre esclavo. Pero ya está en salvo; pasemos á la segunda historia.

Elvira.—Esta es muy corta.—Un leon se escapó de la casa de fieras de Florencia, y se apoderó de un niño á quien se disponia á devorar. La madre del infortunado niño se arroja, fuera de sí, á los piés del terrible animal lanzandó gritos desgarradores. A los lamentos de aquella madre desesperada, á sus lágrimas, el leon parecé olvidar su hambre y su fu-

ror; la mira, parece escucharla y comprenderla, y la devuelve su hijo sin causarle mal alguno.

Valeria.—¡Pobre niño! ¡Con qué gozo debió volver á los brazos de su mamá! Y ¡qué miedo tan grande debió tener, Dios mio! Pero ¿pudo comprender el leon lo que la madre le pedia?

Elvira.—Tal vez; ¡tiene la desesperacion acentos tan expresivos, una elocuencia tan natural! el amor materno, como todos los movimientos impetuosos del alma, tiene algo de instintivo, y yo creeré, sin el menor inconveniente, que las palabras con que se expresan son inteligibles para una criatura dotada de un instinto tan superior como el del leon.

Hay multitud de rasgos, además de estos dos, cuya autenticidad no puede ponerse en duda. Hânse visto éenobitas formar su compañía de animales feroces, y hacerse obedecer de ellos.

Nuestros animales domésticos aprenden todos la significacion de algunas palabras; obedecen nuestras órdenes verbales; parecen halagados con nuestros elogios, y se entristecen y confunden con nuestras reprensiones. El perro que reconoce al asesino de su amo, y el que se obstina en morir sobre la sepultura del suyo, muestran, el uno tanta inteligencia, y el otro mayor sensibilidad aún que nuestro magnánimo leon.

¿Podremos dejar de admirar el instinto de algunos de los animales que viven en nuestros corrales y aun en el interior de nuestras casas?

Los unos, centinelas vigilantes, guardan nuestras casas; otros comparten nuestros trabajos. —El buey labra la tierra que nos alimenta; la mansa oveja nos dá su leche y su lana; el gallo madrugador nos desperta: es la trompeta de la aldea. ¿Hablaré del gato, ligero y gracioso? Dicen que es péfido; y sin embargo, es susceptible de educacion y de afeccion: puedo citar dos ejemplos. He visto un gato, perteneciente á una pobre mujer que lo queria y acariciaba mucho, negarse á tomar toda especie de alimento y dar muestras del mas vivo dolor porque su ama estaba enferma.

El caballo, casi tan fiel como el perro, cuyo solo nombre revela la afeccion y el desinterés, tiene sobre éste la ventaja de ser mas fiero y belicoso. Los poetas y los pintores han agotado ya sus colores para pintarnos en todas sus actitudes este noble y valiente compañero del hombre. El rumor de las armas lo electriza, el sonido de la trompeta le dá alas: el caballo tiene el valor militar; el perro el del sacrificio: el caballo combate por la gloria: el perro lucha hasta morir por defender á su amo: el uno es guerrero; el otro es amigo.

Pudiera ponderar la paciencia del asno: ese servidor tan útil y tan poco apreciado; pero Buffon y Delille lo han vengado ya de nuestros desdenes.

El camello, sóbrio, infatigable, es llamado el navío del desierto, la providencia de las caravanas. Pero de todos los cuadrúpedos, el mas notable es sin duda alguna el elefante. Su tamaño prodigioso, su fuerza, lo harian objeto de espanto, si no fuese tan generoso como temible. La naturaleza le ha dado un órgano que le presta los mismos servicios que á nosotros las manos.

Valeria.—Sí, la trompa: ¡qué singular me pareció! Es como una gran serpiente que le cuelga en la punta de la nariz.

Elvira.—Esa trompa concluye en dos dedos con los cuales puede el elefante coger los objetos mas pequeños.

Valeria.—El que tú me has hecho ver se sirvió de ella para destapar con la mayor destreza una botella, que se bebió á la salud de todos los presentes, como decia el que lo guarda.

Elvira.—Los pueblos de la India habian divinizado el elefante. Este animal es mas magnánimo que el leon, y tan inteligente como el perro.

El kanguroo ó cangurón es el animal mas corpulento de la Nueva Holanda. Se sostiene sobre sus piés traseros y su cola, que es muy gruesa y fuerte, y de este modo se lanza á grandísima distancia; sus extremidades anteriores son pequeñas y débiles. Aunque á veces tiene cinco ó seis piés de altura, sus hijos nacen apénas de una pulgada de largo, y casi sin formar. La madre los guarda en una bolsa que tiene debajo del vientre como los gervos, y á ella se acogen al menor riesgo aun mucho despues que la madre ha dejado ya de criarlos. No sé si te he hablado de los castores.

Valeria.—Sí, me has dicho que construian cabañas muy bonitas; pero no cómo las hacen.

Valeria.—La naturaleza les ha dado una cola ancha y aplastada, que les sirve perfectamente en sus trabajos de construccion.

Hé aquí lo que el sábio inglés Hearne dice de estos arquitectos:

«Escogen para sus construccioncs aguas profundas á fin de que no se hielen por abajo: ora son lagos, ora rios y aun arroyos. En general prefieren las aguas corrientes. Colocan al través un dique formado con maderá y ramaje que mezclan con piedras y cieno, y le dan una forma convexa hácia el lado de la corriente, con especialidad si es rápida. Este dique, que reparan con frecuencia y cuidadosamente, adquiere al cabo de tiempo una extrema solidez; las ramas germinan en él, forman á veces un vallado, donde se ven anidar pájaros pequeños.

Sus chozas son de diferentes tamaños, pero siempre en proporcion con el número de individuos que ha de guarecerse en ellas; á veces dividen en varios compartimentos estas habitaciones, y la puerta está siempre debajo del agua.

Los castores arrastran sus provisiones debajo del agua para introducirlas en sus casas, y las colocan de ordinario en la parte superior de ellas. Tienen cuidado de cubrir cada año el techo con una nueva capa de limo, y ejecutan esta operacion al acercarse la época de las heladas, con objeto de que su trabajo se consolide mas pronto.

Llegada la primavera, salen de sus casas y se dispersan durante el verano.

Al comenzar el invierno se vuelven á reunir aunque no siempre en el mismo paraje; pues abandonan con frecuencia sus palacios si han encontrado otro sitio mejor en que establecerse. Aunque no empiezan á construir hasta la entrada del invierno, tienen la precaucion de cortar la madera y reunir los materiales desde mediados del verano.

Tienen además la precaucion de cavar á la orilla del rio grandes cuevas donde refugiarse en caso de ser atacados.»

Valeria.—¿Podrias hácerme ver castores?

Elvira.—No, hija mia; no los hay en este país. Donde se encuentran principalmente es en América. Mas por todas partes se hallan objetos dignos de observar.

En nuestras montañas hay vacas que acuden á la voz del pastor á hacerse ordeñar dos veces al dia. Cada una es llamada á su turno, y acude cuando oye pronunciar su nombre, sin que ocurra jamás la menor confusion.

Valeria.—Como los soldados cuando responden uno despues de otro al pasar lista.

Elvira.—Estos animales, que en sus establos y aun en los pastos cercanos á las poblaciones, son tan pacientes y mansos, que cuesta gran trabajo hacerles tomar alguna actividad, adquieren cuando están en la montaña una postura decidida, y un aspecto fiero y salvaje. Si un lobo se presenta en la dehesa, se avisau inmediatamente por un grito comun. Acuden de todas partes hácia el paraje de donde partió la señal de alarma, se colocan en círculo en derredor del enemigo, y si tiene la imprudencia de dejarse rodear, cae bien pronto muerto á cornadas.

«Un viajero que tuviese la mala suerte de atravesar la montaña con un perro cuyo color ó forma tuviera gran semejanza con los de un lobo, correria gran riesgo de perder la vida. El perro perseguido en el instante por millares de vacas, se acogeria instintivamente bajo el vientre del caballo de su amo, y amo, perro y caballo moririan bien pronto acometidos por aquellos animales feroces, que todos los pastores reunidos no podrian contener. Así se ha visto mas de una vez.

«Tres jóvenes conocidos míos, al pasar un dia por las inmediaciones de una vacada, quisieron, por divertirse, imitar el mugido de un ternero que conducen por fuerza. Todas las vacas se levantaron inmediatamente lanzando gritos espantosos, derribaron las puertas del parque, y comenzaron á correr con las colas levantadas hácia los jóvenes imprudentes, que por fortuna hallaron á mano árbcles á donde trepar.»

Miéntas duraba la conversacion, Valeria habia dirigido varias veces sus miradas hácia una pajarrera en que cantaban y saltaban gozosos multitud de canarios.

Esos sí que son bonitos pájaros, exclamó. ¡Nada mas lindo!

Elvira.—Y sin embargo, los de nuestros climas están modestamente vestidos. Pero si les ha negado la naturaleza el brillo de los colores, les ha dado la elegancia de formas, la gracia en los movimientos, y un canto agradable á muchos de ellos. El pardillo, la curruca, tienen acentos vivos, alegres y dulces como la charla de un niño. El buvrel y el gilguero reúnen un canto agradable á un plumaje un poco brillante. El ruiseñor encanta la selva con sus acordes armoniosos.

No te hablo hoy de los brillantes pájaros de América, porque pronto tendré ocasion de hacer que veas algunos soberbios.

Valeria.—¿Es cierto que la serpiente tiene la facultad de atraer los pájaros como por encanto, y forzarlos á bajar hasta su boca?

Elvira.—Sí, se ha observado mil veces. La serpiente, *el mas astuto de todos los animales de la tierra*, parece tener un poder misterioso y fatal.

«Objeto de horror ó de admiracion, los hombres la tienen un odio implacable ó se postran ante su genio. En el infierno, arma el látigo de las Furias. «En el cielo, es el símbolo de la eternidad. Llévala «en su corazon la envidia, y la elocuencia en su ca- «duceo. Posee tambien el arte de seducir la inocencia; encanta á los pájaros en los aires, y, bajo los «helechos ó al lado del pesebre, la oveja la abandona su leche.»

Los animales que pueblan la tierra son innumerables é infinitamente variados en forma, tamaño, costumbres y carácter.

La mar, en sus cimas profundas, ve agitarse tambien millones de naciones diversas. La ballena aparece sobre las aguas como una isla movible; el voraz tiburón sigue los buques, pronto á devorar lo que la tempestad quiere arrojarle. Al lado de estos monstruos inmensos nadan séres casi imperceptibles. Los unos se extienden sobre las aguas como hilos adelgazados; otros vegetan en sus conchas, sobre las rocas; otros se arrastran sobre el fango.

En los aires, sobre la tierra, igual variedad, igual inmensidad. El gran condor se balancea sobre alas semejantes á las velas de un buque; el elefante lleva torres y casas; la girafa se alza á la altura de una palmera cuyas hojas come; en tanto que cristales admirables nos hacen descubrir en una gota de agua centenares de séres animados.

Dios hace brillar su poder en todas las partes de este vasto universo. No es posible admirarlo bastante, cuando se ve á la misma Providencia trazar su invariable carrera á esos mundos que ruedan en el espacio, y velar por la conservacion de un diminuto arador!

Un filósofo inglés dice que: el hombre que busca á Dios de buena fé lo halla en todas partes; en cada objeto de la creacion, en cada objeto vivo, en cada mineral, en cada planta ve manifestarse y resplandecer la divinidad, como Moisés la vió brillar un tiempo en la zarza inflamada.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

(Conclusion.)

CAPITULO VI.

DIFERENTES APLICACIONES DE LA URBANIDAD.

ARTICULO

DE LA CORRESPONDENCIA EPISTOLAR.

I

Siempre que tenemos que comunicarnos con una persona á quien no podemos dirigirnos verbalmente, ya sea para cumplir con alguno de los deberes de la amistad, ya para tratar sobre algun negocio, ocurrimos al medio de trasmitirle por escrito nuestras ideas. Y como de esto se sigue que una carta hace en todas ocasiones las veces de una visita, es necesario que ella represente dignamente nuestra persona, así en el lenguaje como en todas sus circunstancias materiales, revelando nuestra finura y delicadeza, la atencion y respeto que debemos á la persona á quien nos dirigimos, y nuestro conocimiento de las reglas de la etiqueta.

II

Con excepcion de las cartas científicas, y de todas aquellas que versan sobre asuntos graves, las cuales admiten un estilo mas ó ménos elevado, una carta no es otra cosa que una conversacion escrita, y no debe por tanto emplearse en ella otro estilo que aquel que se emplearia en la expresion verbal de su contenido. Mas como debe suponerse que el que escribe tiene mas tiempo que el que conversa, para escoger las palabras y las frases, y expresar las ideas del modo mas propio y mas ajustado á las reglas gramaticales, el estilo en las cartas deberá ser siempre mas correcto que en la conversacion.

III

La extension de las cartas familiares no puede ser limitada sino por el grado de amistad que medie entre las personas que se escriben, y la naturaleza é intensidad de los sentimientos que en ellas hayan de expresarse. Mas no puede decirse otro tanto con relacion á las cartas de negocios, las cuales, no solo deben contraerse exclusivamente al asunto sobre que versen, sino que no han de contener ni una sola frase que de él se aparte, ó no sea indispensable para la inteligencia de las ideas que han de trasmitirse. La correspondencia mercantil tiene un estilo rápido, claro y conciso que le es enteramente peculiar, y que deben estudiar atentamente las personas que se dedican á la carrera del comercio.

IV

Cuando se escribe á una persona de respeto, ó con quien no se tiene ninguna confianza, no se la encarga de saludar ni dar recados á otras personas que á las de su familia, y en una carta de negocios, sea qual fuere la persona á quien se dirija, se omite to-

do encargo de esta especie, aun respecto de su propia familia.

V

El inferior no dará nunca al superior el título de *amigo* al principio de una carta, ni se despedirá al fin de esta titulándose su amigo, sino cuando exista entre ambos una íntima confianza, y añadiendo siempre en este caso alguna palabra que exprese su respeto. Si entre las personas que se escriben no media una especial amistad, el título de amigo es enteramente impropio y aun ridículo en uno ú otro lugar.

VI

Las faltas gramaticales dan siempre una mala idea de la educación de la persona que en ellas incurre; pero las más características de una mala educación, son aquellas que se cometen contra las reglas de la ortografía.

VII

La letra debe ser clara, y si es posible, elegante. Solo las personas de poco entendimiento, son capaces de creer que pueda dar importancia una mala forma de letra ó una firma ininteligible.

VIII

El papel que ha de emplearse en una carta será tanto más fino, cuanto menor sea la confianza que se tenga con la persona á quien se escribe, ó mayor la consideración y respeto que se le deba; mas en ningún caso podrá emplearse un papel demasiado ordinario, pues esto sería visto como una falta de atención aun en medio de la más estrecha amistad.

IX

Cuando se escribe á una persona respetable ó de etiqueta, y siempre que una carta tiene por objeto el tratar sobre una materia de consecuencia, se emplea un pliego de papel del llamado comunmente *papel de cartas*. En todos los demás casos puede usarse, bien de este mismo papel, ó de cualquiera otro más pequeño; mas para las invitaciones á festines y á otras reuniones, y para las *notas verbales*, de que se hablará más adelante, se emplea siempre un pliego de papel del que se conoce generalmente bajo el nombre de *papel de esquelas*.

X

La forma interior de una carta está sujeta á las reglas siguientes: 1ª, al principio del papel y hacia el lado derecho, se pone la data de la carta: 2ª, en la línea siguiente y hacia el lado izquierdo, se pone el nombre de la persona á quien se escribe, precedido de la palabra *Señor* ó *Señora*: 3ª, en la línea siguiente y precisamente debajo, bien que dejando algún espacio hacia la izquierda, se pone el nombre del lugar en que aquella se encuentra, ó la palabra *Presente*, si se halla en el lugar donde se escribe: 4ª, dejando una línea en blanco, y un espacio más ó ménos ancho hacia la izquierda, se ponen las palabras *Muy señor mio*, *Estimado señor*, *Mi querido amigo*, ó cualesquiera otras que sean propias de las relaciones que se tengan con la persona á quien se escribe: 5ª, en la línea siguiente, y un tanto hacia la izquierda del renglon anterior, principiará el contenido de la carta: 6ª, cuando se escribe á una persona respetable, se deja á todos los renglones del contenido de la carta un margen hacia la izquierda, más ó ménos ancho segun el grado de respeto que quiera manifestarse.

XI

Cuando se escribe una carta en papel de esquelas la data y el nombre de la persona á quien se escribe se ponen después de la firma y hacia el lado izquierdo.

XII

Las cartas deben ser cerradas y selladas con cierto gusto y delicadeza, á fin de que su forma exterior produzca siempre una impresión agradable á la vista. La nema debe ir en el centro de la cubierta; teniéndose presente que la costumbre de poner más de una nema, es enteramente impropia de personas bien educadas.

XIII

Las cartas deben cerrarse en papel separado, siempre que un caballero escriba á una señora, y una persona cualquiera á otra con quien no tenga confianza ó á quien deba especial consideración y respeto. *

XIV

En los lugares donde no es de necesidad franquear las cartas que se dirigen por la estafeta, la delicadeza exige que se franqueen, con excepción de los casos siguientes: 1º, cuando se escribe á un amigo íntimo: 2º, cuando se escribe á una persona de escasos recursos, si es probable la mortifique el considerar que en atención á esto se ha querido relevarla del gasto del porte: 3º, cuando la persona á quien se escribe ha recibido y aceptado la orden de llevar una cuenta de portes: 4º, cuando la carta tiene por único móvil y objeto el interés de la persona á quien se dirige: 5º, cuando se lleva una correspondencia constante en provecho recíproco.

XV

Es sobremanera incivil el dejar de contestar oportunamente una carta, lo mismo que contestarla por medio de un recado sin presentar para ello una excusa legítima á la persona de quien se ha recibido.

XVI

Es igualmente incivil el contestar una carta al pié de ella misma, cuando esto no se exige expresamente por la persona que la dirige.

XVII

Para contestar una carta de naturaleza reservada, valgámonos del mismo conducto por el cual la hayamos recibido; á ménos que esto nos sea imposible, ó que la persona que nos ha escrito nos designe expresamente para ello un conducto diferente.

XVIII

Hay una especie de correspondencia conocida generalmente con el nombre de *notas verbales*, las cuales son de mucho uso entre agentes diplomáticos, entre personas de etiqueta, y aun entre personas de poca confianza, y regularmente tienen por objeto provocar una entrevista, hacer invitaciones, aceptar ó rehusar las que han recibido, ó hablar, en suma, de algún asunto que por su entidad no exige ser tratado en una carta. Se emplea para estas *notas* el papel de esquelas y su forma ordinaria es la siguiente: *N. de N. tiene el honor de presentar sus respetos (ó de saludar) al señor (ó á la señora) N. de N., y le suplica (ó manifiesta) etc;* poniendo al fin la data y omitiendo la firma.

ARTICULO III.

DE NUESTRA CONDUCTA RESPECTO DEL PUBLICO.

I

El hombre de buenos principios no solo sabe conducirse dignamente con las personas con quienes está relacionado, sino que tributa también sus consideraciones á la sociedad entera, de manera que su comportamiento no es tampoco ofensivo bajo ningún respecto á los que no le tratan, ni aun á aquellos que no le conocen personalmente.

II

Nuestros deberes para con el público están todos refundidos en el respeto á la sociedad y á la opinión. Respetando la sociedad nos apartamos de todo acto que pueda profamar sus fueros, turbar la paz de las familias, ó llamar la atención general de un modo escandaloso: respetando la opinión nos adoptamos á los usos y prácticas sociales del país en que vivimos, armonizamos con las modas reinantes, ajustamos nuestra conducta moral al espíritu de verdad

* Es muy elegante en estos casos el uso de las cubiertas preparadas de antemano, á que los franceses dan el nombre de *enveloppes*.

y de justicia que existe siempre en el criterio público, el cual nos sirve como de faro en medio de los escollos de que está sembrado el mar de las pasiones, y nos aprovechamos, en suma, de todas las ventajas que ofrece el hábito de contemporizar con las convenciones sociales, de que la opinión es el árbitro supremo (§§. XX á XXIV, cap. 1º).

III

El respeto á la opinión exige que nos abstengamos de todo aquello que, á pesar de ser intrínsecamente bueno, no ofrece al mismo tiempo una apariencia de bondad. Como la sociedad es nuestro único juez en todo lo que mira á nuestra conducta externa, y ella generalmente juzga por las apariencias, claro es que por más inocentes que sean los móviles de nuestras acciones, si éstas aparecen reprochables á los ojos de la moral y del decoro, la sociedad nos condenará irremisiblemente; y entonces, el escándalo que habremos causado, vendrá á turbar completamente la satisfacción que hayamos podido encontrar en la pureza de nuestra conciencia.

IV

En materias morales, el respeto á la opinión debe ser siempre mayor en la mujer que en el hombre. Este podrá muchas veces verse obligado á quedarse á solas con su conciencia y á aplazar el juicio del público, sin arrojar por esto sobre su reputación una mancha inledeble; aquella rara vez hará dudosa su inocencia, sin haber hecho también dudosa su justificación. Tal es la diferencia entre la condición social de uno y otro sexo, fundada en el diferente influjo que el honor de uno y otro ejercen en el honor y la felicidad de las familias.

V

Muchos son los casos en que nuestra conducta puede ser ofensiva al público, como se comprenderá fácilmente por medio de un atento examen de los deberes morales y sociales que hemos apuntado en el curso de esta obra; pero nunca nos ponemos en mayor riesgo de incurrir en esta grave falta, que cuando hacemos uso de la imprenta para censurar las acciones de los demás, por cuanto es tan fácil atacar al hombre en su vida privada por atacarle en su vida pública, y todo insulto personal hecho de este modo, es un desacato contra la sociedad entera.

VI

Si no puede ofenderse á una persona en un círculo privado, sin hacer por este solo hecho una ofensa á todos los circunstantes (§ XXXIX, cap. 1º—§ L, sec. 6ª, art. 3º del cap. 5º), ¿cómo pensar que no se injurie á la sociedad entera convirtiéndola en palestra de la difamación, y suponiéndola tan poco civilizada, ó mejor dicho, tan salvaje, que acepte como un hecho honesto y decente, como un hecho digno de llamar su atención, el torpe desahogo de las malas pasiones?

VII

Ya se deja ver cuán injuriosa no será para la sociedad la publicación por la prensa de toda producción que en alguna manera ofenda la moral y las buenas costumbres. Ningun grado de civilización, de decencia, de decoro, de respetabilidad, concede á la sociedad el que la considera dispuesta á ocuparse en leer semejantes producciones, y mal puede tomarse la pena de publicarlas quien no haya contado de antemano con esta disposición.

VIII

En vano buscaríamos palabras con que expresar la magnitud del ultraje que se hace á la sociedad, de la vileza en que se incurre, de la malignidad que se revela, cuando directa ó indirectamente se ataca en público la reputación moral de una mujer. En el bello sexo están vinculados los más altos intereses sociales, y no hay civilización, no hay felicidad posible, no hay porvenir ninguno, donde los fueros de su honor y de su delicadeza no tengan un escudo en el pecho de cada ciudadano. La injuria dirigida por la prensa á cualquiera de los asociados, es, como

hemos dicho, una injuria á toda la sociedad: cuando se dirige á una mujer, es además una herida profunda que se hace en el corazón de la moral, y rara vez un hecho aislado que no comprometa el honor y el reposo de toda una familia, y que no incluya por lo tanto el mayor de todos los crímenes, el sacrificio de la inocencia.

Los dos borrachos.

(FABULA.)

«Oye, solemne macho,
Le decía un borracho á otro borracho:
¿Qué licor maldecido
Es ese que has bebido,
Que escribiendo al andar *eses y eses*,
Solo das trompicones y traspieses?»

—«Miren quien habla, el otro le responde,
Y anda peor, aunque parece un conde!»

—«Es que yo bebo siempre de otro modo,
Y tú olvidaste, al empinar el codo,
Lo que el buen tono á sus adeptos manda.»
—«¿Por qué?»

—«Porque tu vino huele á Arganda;
Y yo he leído en Plinio y Apuleyo
Que beber ese vino es muy plebeyo.»

—«¿Eso dice Apuleyo? Pues mal dice,
O no sabe ese tal lo que se dice;
Mas ya que mi beber así te extraña,
Tú, amiguito, ¿qué bebes?»

—«¿Yo? *Champaña*.»

—«¿*Champaña*? ¡Vaya un mono!
¡Y á eso le llama vino de buen tono!»

—«Sí señor; que es muy rico, y va muy caro.»

—«Muy bien, compadre; pero hablemos claro:
Ya que con esos argumentos entras,
¿Es de buen tono el lance en que te encuentras?
Aunque tú te empeneques en gabacho,
¿Dejarás, como yo, de estar borracho?»

*Dijo bien, voto á tal, aunque bebido,
El segundo borracho consabido;
Mas ay! yo veo con dolor profundo
Que convirtiendo el vicio en cosa leve,
Lo que se llama crápula en la plebe
Pasa á veces por tono en el gran mundo.*

Las leyes y la opinion.

(FABULA.)

Patíbulo un monarca
Impuso al desafío,
Considerando el crimen
Como nefando, impío;
Y en nada tal pragmática
Los retos evitó:

Poco despues, en burro
Hizo marchar montados
A todos los retantes
Y á todos los retados,
Y consiguió el ridículo
Lo que el cadalso no.—

Quién fué ese rey, lo ignoro;
Mas sé que en vano á gritos
Dice la ley tronando:
«*Cadalso á esos delitos*,»
Si es á la ley obstáculo
El general sentir:

*Al hombre que en sus humos
Cadalsos desafía
Cuando la ley le pena
Y el mundo le amnistia,
Mas que mover á lástima,
Le arredra hacer reir.*

LOS JUEGOS.

LAS ESTAMPAS.

Ya á última hora de una de las noches de tertulia, despues que todos los niños se habian cansado de bailar, particularmente Victoria y Rita, que habian tenido que ser las alternativas parejas de todos los muchachos, se sintió la necesidad de descanso y de pasar lo que faltaba de la noche en otra ocupacion mas sosegada. Para estos casos tenia José abundantes recursos, así es que haciendo sentar á toda la reunion alrededor de una mesa, la convidó á mirar las estampas de un libro que él traia. Era aquel un libro que parecia hecho á propósito para los niños, porque todas las estampas que le componian representaban asuntos de la primera edad y escenas de la vida pueril. Por lo tanto, fué recibida con aplauso la proposicion de José, y todos los niños, agrupados al rededor del libro, comenzaron á examinar sus estampas en el órden siguiente:

La primera representaba el interior de una escuela, donde entre varios niños que estaban muy atentos mirando su libro para estudiar la leccion, se notaba uno mirando á todas partes, con el libro cerrado y en actitud de jugar y de inquietar á los demás.

Desde luego llamó la atencion de los niños la desapplicacion de aquel muchacho, lo cual visto por José, volvió al instante la hoja diciendo:—Mirad ahora si le conoceis. Porque es de saber, que aquel libro tenia las estampas correlativas, de tal manera que la siguiente completaba la significacion de la que precedia, formando con ella contraposicion y siendo, por decirlo así, el reverso de la medalla. Por lo mismo la estampa de la vuelta representaba:

La misma escuela; pero de pié derecho en medio de ella el mismo muchacho holgazan que habian visto á la vuelta. Tenia puesta una coraza con grandes orejas de burro, y de vergüenza se tapaba la cara con las manos. El maestro con semblante severo se lo mostraba á los demás niños que se burlaban del pobre avergonzado.

Pasaron á otra estampa que representaba:

Un gabinetito donde una solícita mamá, provista de palangana y tohalla, iba á lavar á un niño que delicado y perezoso, manifestaba su repugnancia á que le aseasen, y con mucho miedo á el agua fresca, se estaba encogido en un rincon del gabinete.

—¿Vuelvo la hoja? preguntó José.—Sí, sí, contestaron los niños, y volviéndola vieron:

Que un señor, al parecer el padre del chiquillo, teniéndole asido de piés y manos, le zambullia en un barreño de agua fria, sin cuidarse de sus gritos, ni de las instancias de la buena mamá.

La tercera estampa que examinaron representaba el interior de un colegio con vistas á un patio, donde entre varios alumnos que estaban jugando, habia uno que sin distinguirse de los demás por las prendas físicas ó por la edad, se distinguia mucho por su aire desdeñoso, por la superioridad con que dictaba la ley á sus compañeros, amenazando con el puño cerrado al que no se conformase con los juegos que él proponia.

Esto era de un lado; pero del otro, los colegiales cansados de sufrir se habian precipitado sobre aquel déspota, y echándole la zancadilla, le habian derribado en el suelo, donde le sacudian una zurra de cachetes que no le dejaba respirar. Los que no contribuian á la cachetina la miraban con semblante irónico, manifestando cuán merecido la tenia.

—¡Cáspita qué zurra! exclamo Juanito.—¡Pero bien merecida! fué lo único que contestó José y pasó á otra estampa.

Se veia en ella un muchacho maligno que tenia uncido á un pesado carreton un elegante perro de aguas. El animal agobiado de tanto peso se dejaba caer rendido; pero el muchacho con una mano le amenazaba con el látigo y con la otra le tiraba de las orejas y de las lanas, mientras que el pobre perro le miraba como implorando compasion.

Tanta crueldad excitó la indignacion de todos los niños que pidieron se volviese al instante la hoja,

figurándose que vendria en ella el castigo de aquella conducta, y así fué en efecto.

Un hombre, que tal vez seria el dueño del perro, tenia atado al chiquillo al mismo carreton, le hacia tirar de él á latigazos y aun le arrancaba algunos pelos de la cabeza por vía de represalias.

La quinta estampa representaba una buena abuela haciendo calcetas, sentada en una silla y con sus anteojos sobre la nariz, mientras que un diablito de chiquillo, trepando por el respaldo de la silla, la estaba colocando sobre el moño un penacho ridiculo de plumas viejas y raidas.

No faltó entre nuestros niños quien se sonriese al ver aquella caricatura; pero no le dió gana de reir cuando vuelta la hoja, vió que la chanza resultó algo pesada.

La abuela se habia levantado inadvertidamente, y el peso del chico encaramado en el respaldo se habia llevado consigo la silla, que dando una vuelta, le habia dejado caer de espaldas. Se habia abierto en la cabeza una buena brecha y era cosa de llamar al cirujano.

El desafio.

(FABULA.)

A Dionís y á Berenguel
Don Amadís injurió:
Berenguel le perdonó;
Dionís se batió con él.
Herida atroz y cruel
A éste vengó por su mano,
Mientras aquel, mas humano,
Curó al mísero Amadís:

*¿Fué caballero Dionís?
Pues Berenguel fué cristiano.*

LAS EDADES DE LA VIDA.

EDADES son aquellos períodos de número determinado de años en que se divide la vida del hombre. Los fisiólogos distinguen generalmente cinco edades ó períodos en la vida.

1ª LA INFANCIA.—Desde que el hombre nace hasta los doce años. Esta edad puede cómodamente dividirse en dos períodos; empezando el segundo desde los cinco ó seis años y concluyendo en la adolescencia.

2ª LA ADOLESCENCIA.—Esta edad comprende un período de años, desde los doce á los diez y siete, y exige ya estudios mas serios y detenidos que en la primera edad.

3ª LA JUVENTUD.—Desde los diez y siete años hasta la edad adulta ó de madurez. Esta edad en que el cuerpo adquiere todo su desarrollo, puede prolongarse hasta los treinta años.

4ª LA VIRILIDAD.—Epoca estacionaria en cuanto al desarrollo físico; pero de progreso intelectual y moral. Comprende un período desde los treinta hasta los setenta años.

5ª LA VEJEZ.—Edad de disminucion gradual de las facultades físicas é intelectuales del hombre. Empieza el decaimiento en los setenta años, sigue á éste la decrepitud y se termina con la muerte.

Por este motivo se clasifican tambien las edades; la infancia, adolescencia y juventud como edades de crecimiento; la virilidad como edad estacionaria y la vejez como edad de decrecimiento y ruina.

El delincuente y el juez.

(FABULA.)

—«Yo, le dijo á su juez un delincuente,
Recibí un pisotón de los de á fóllo,
Y á su autor le metí media navaja,
Y váyase lo uno por lo otro.»

—«Sí? contestóle el juez: pues hijo mio,
Si así eastigas pisotones fosco,
Yo te envío á presidio por diez años,
Y váyase lo uno por lo otro.»